

Raquel

Isabel-Clara Simó



Algar Joven

Lo que le sucede a Raquel te puede ocurrir a ti

18 de octubre

No sé por dónde empezar, pero esta vez me he propuesto escribir un diario como debe ser. No me fío mucho de mí misma, porque ya es la tercera vez que lo intento. Me lo regalaron cuando hacía primero. Y empecé a escribirlo, muy disciplinada, prometiéndome que no me iría a dormir sin anotar algo. Pero era un rollo. Todos los días escribía lo mismo. Luego, cuando hacía tercero, lo volví a empezar. Arranqué las tres primeras páginas, que sólo decían chorradas, y, también a principio de curso, me juré que aquella vez sí —como el Barça, oye—, que sería cantidad de divertido leerlo más adelante.

Pero ahora sí es distinto. Primero, porque he madurado, y, segundo, porque Montse tiene toda la razón: un diario no sirve para anotar las cosas *que haces*, sino las *que piensas*. Si no lo haces, luego ya no te acuerdas. No es que yo pretenda tener pensamientos extraordinarios, pero son mis pensamientos, ¿no? Y de nadie más. Me pertenecen, como me pertenecen el nombre que llevo o la cara que tengo. Es mi personalidad.

También creo que un diario debe utilizarse para analizar la personalidad de los demás. Al menos, de las personas que te interesan. O de aquellas de las que dependes.

Me imagino la cara que pondría mamá, por ejemplo, si pudiera leer todo lo que realmente pienso de ella. Sería

cruel... Y son cosas que no puedes explicar a nadie. Bueno, a Montse sí, porque es una buena amiga y te puedes fiar de ella. ¡Pero es tan infantil...!

Me he hecho muchos propósitos para este curso. ¡Esto de llegar a COU es demasiado! Me estoy haciendo vieja, porque ya hablo como mamá, que dice que el tiempo pasa volando (qué original, ¿eh?), pero la verdad es que cuando empiezas a ir al instituto crees que es para toda una eternidad, y, de pronto, ya estás en COU. Ahora somos veteranos. Es una sensación muy agradable.

Bueno, pues una de las cosas que me he propuesto –y esta vez sí lo haré– es estudiar un poco cada día, en vez de pegarme esas panzadas de estudiar a última hora, en época de exámenes. Racionarme el trabajo para que no sea tan pesado y estar siempre al día. Y escribir el diario, claro.

Montse dice que el error más frecuente de las personas que escriben diarios es empeñarse en escribir, aunque sólo sea un poco, todos los días. No: hay que escribir cuando tienes ganas de pensar, de reflexionar, de poner un poco de orden en tus pensamientos.

Pero es que esta vez me he propuesto muchas otras cosas. Para empezar, la gimnasia, que la haré a diario por mucha pereza que me dé. No me queda más remedio, porque papá ha dejado bien claro que no me vuelve a apuntar a un gimnasio –parece mentira, y luego dicen que nos quieren tanto; ¡si la única vez que me apuntó yo iba a octavo! ¡Y aún me lo echan en cara!–. Me cansé, eso es verdad, pero es que era el gimnasio que habían elegido ellos, no el que yo quería. No tienen ningún derecho a reprocharme el dinero que se gastaron: lo eligieron ellos, lo decidieron ellos. El que yo

quería entonces no costaba ni la mitad. Pero, si les hablo de ello, de ir a un gimnasio —¡con la falta que me hace!—, ya los tengo a los dos: «¿Y qué más, Raquel? ¿O es que te has olvidado de que te apuntamos al Blume, que, encima de caro, tuvimos que pagar una entrada, y a los dos meses dijiste que no pensabas volver?». Y es completamente inútil intentar razonar con ellos. El Blume era una «pijada» horrible, con un ambiente vomitivo. Y, además, ¡hostia, es que yo hacía octavo! Pero, como tienen la sartén por el mango, más vale no discutir. Te ahorras energías. ¡Son tan carrozas, tan viejos, tan de otra época! Y cuando se ponen a hablar con sus amigos... ¡Es que dicen cada cosa de José Luis y de mí! No tienen ni idea. Pero ni idea.

Así que escribiré el diario sólo cuando de verdad me apetezca y haré gimnasia todos los días. Hay que empezar con poco. Diez minutos, quince como mucho, e ir aumentando progresivamente, hasta que puedes hacer una hora entera sin que te resulte pesado. Porque yo, el *jogging*, no lo aguanto. Y, además, con lo contaminada que está la atmósfera de Barcelona, es un suicidio.

Y estudiar todos los días. Me he trazado un horario. Montse dice que ella se hace un horario a principio de cada curso, y que en noviembre ya lo tiene que romper para no amargarse leyendo todos los propósitos que no ha podido cumplir.

Estoy segura de que este curso me va a ir de perlas. ¡Y mira que es duro! Pero, no sé, hay otro ambiente... Tal vez sea la selectividad, que influye. Y no es que esté a favor, porque es una tomadura de pelo: cuatro años de instituto, para que venga la universidad y diga: «No señores, no, todo

lo que habéis hecho en el instituto no sirve para nada; nosotros os haremos una prueba, a ver si estáis preparados o qué...». Aunque, para los profesores de instituto, sí que es una buena bofetada. ¡Qué palo ser profesor! Cuando hacía quinto recuerdo que quería ser maestra, pero en el fondo lo que quería era ser como Roser... ¡Qué tía más maja! ¡Hace un montón que no la veo! Eso sí que es ser profe. Nos comprendía. Podías hablar con ella.

Tengo muy claro que no me dedicaré nunca a la enseñanza. Aunque de lo de hacer farmacia, como quiere papá, ni hablar. Es trabajar de dependienta toda la vida. Y me da lo mismo si se gana un pastón. La verdad es que aún no he decidido qué carrera hacer. Seguramente biológicas. ¡Si me pudiera dedicar a la genética, sería un puntazo! Pero, por ahora, he de concentrarme en sacar el COU y pasar la selectividad.

Tengo el presentimiento de que este curso ocurrirá algo. Algo estupendo.